



31 de julio, 2002

El Verdadero Almuerzo Gratis: Los Mercados y la Propiedad Privada

Milton Friedman

Me complace estar aquí para celebrar la apertura de la sede de Cato. El edificio es precioso, y un verdadero tributo a la influencia intelectual de Ed Crane y sus asociados.

A veces se me asocia con el aforismo “No hay almuerzo gratis”, aunque no fui yo quien lo inventó. Quisiera que se prestara más atención a uno que sí es de mi invención y que considero particularmente apropiado para esta ciudad, “Nadie gasta el dinero de otro con el mismo cuidado que gasta el propio”. Pero todo aforismo es una verdad a medias. Uno de nuestros pasatiempos familiares favoritos en viajes largos era encontrar los opuestos de aforismos; por ejemplo, “La historia nunca se repite”, pero “No hay nada nuevo bajo el sol”; o “Mira antes de saltar”, pero “El que duda está perdido”. El opuesto de “No hay almuerzo gratis” es obviamente “Lo mejor de la vida es gratis”.

Y en el mundo económico real sí hay un almuerzo gratis, un extraordinario almuerzo gratis, y este almuerzo gratis lo constituyen el libre mercado y la propiedad privada. ¿Por qué es que de un lado de una línea arbitraria estaba Alemania Oriental y del otro Alemania Occidental, con niveles de prosperidad tan distintos? Es porque Alemania Occidental tenía un sistema de mercados privados bastante libres—un almuerzo gratis. El mismo almuerzo gratis explica la diferencia entre Hong Kong y China continental, así como la prosperidad de los Estados Unidos y Gran Bretaña. Estos almuerzos gratis han sido el producto de una serie de instituciones invisibles que, como enfatizó F.A. Hayek, son producto de la acción, pero no de la intención humana.

En Estados Unidos tenemos disponible en este momento, si es que lo aprovechamos, lo más cercano a un almuerzo gratis que se puede tener. Tras la caída del comunismo, todo el mundo estaba de acuerdo con que el socialismo era un fracaso; todo el mundo, más o menos, estaba de acuerdo con que el capitalismo era un éxito. Lo cómico es que todos los países capitalistas del mundo aparentemente concluyeron que lo que el Occidente necesitaba ahora era más socialismo. Esto es obviamente absurdo, por lo que debemos dar un vistazo a la oportunidad que hoy tenemos frente a nosotros de obtener un almuerzo casi del todo gratis. El Presidente Clinton ha afirmado que lo que se necesita es un sacrificio generalizado y beneficios concentrados. Lo que necesitamos es exactamente lo opuesto. Lo que necesitamos y lo que podemos obtener—lo más cercano a un almuerzo gratis—es beneficios generalizados y sacrificios concentrados. No es un almuerzo del todo gratis, pero casi.

Almuerzos Gratis en el Presupuesto Déjeme dar algunos ejemplos. La Administración de Electrificación Rural (REA, por sus siglas en inglés) se estableció para llevar electricidad a las fincas en los años treinta, cuando cerca del 80 por ciento de las fincas no contaban con ella. Cuando el 100 por ciento de las fincas tenían electricidad, la REA pasó a servicios telefónicos. Ahora el 100 por ciento de las fincas tienen teléfonos, pero la REA sigue felizmente funcionando.

Milton Friedman es Premio Nobel en Economía y académico del Hoover Institution. Este discurso fue pronunciado en la inauguración de la sede del Cato Institute en Washington, DC, en 1993.

Supongan que abolimos la REA, que ahora sólo sirve para hacer pequeñas transferencias a grupos de interés, particularmente compañías telefónicas y de electricidad. La gente de los Estados Unidos estaría mejor y se ahorraría mucho dinero que podría usarse para reducir impuestos. ¿Quién saldría lastimado? Un puñado de gente que ha estado recibiendo subsidios del gobierno a costa del resto de la población. A mi manera de verlo esto se acerca bastante a ser un almuerzo gratis.

Otro ejemplo lo ilustra la Ley Parkinson en la agricultura. En 1945 habían 10 millones de personas, tanto familias como empleados independientes, trabajando en fincas, y el Departamento de Agricultura tenía 80,000 empleados. En 1992 habían 3 millones de personas trabajando en fincas y 122,000 en el Departamento de Agricultura.

Casi todos los elementos del presupuesto federal ofrecen oportunidades similares. La gente de Clinton les dirá que todas esas cosas están en el presupuesto porque el pueblo quiere los beneficios pero no quiere pagarlos. Esto es absurdo; el pueblo no quiere esos beneficios. Supongan que se le presenta al pueblo norteamericano una simple propuesta acerca del azúcar: Podemos arreglar el escenario de manera que el azúcar que usted compre venga principalmente de caña cosechada en fincas de Estados Unidos, o de manera que además se pueda comprar sin límite azúcar que provenga de El Salvador, Filipinas, u otros lugares. Si lo restringimos a comprar azúcar doméstico, ésta será dos o tres veces más caro. ¿Por cuál opción piensa usted que se inclinarán realmente los votantes? La gente no quiere pagar precios más altos. Un pequeño grupo de interés que cosecha enormes beneficios es el que quiere que así se hagan, y esta es la razón por la que el precio del azúcar en Estados Unidos es bastante más alto que el precio mundial. Al pueblo nunca se le consultó. No somos gobernados por el pueblo; ese es un mito acarreado desde la época de Lincoln. No tenemos un gobierno del pueblo para el pueblo. Lo que tenemos es un gobierno del pueblo, por burócratas, y para los burócratas.

Consideren este otro mito: El Presidente Clinton afirma ser un agente del cambio, lo cual es falso. Puede decir esto sólo por la tendencia a referirse a los doce años de Reagan-Bush como si se trataran de un solo período; pero no fue así. Tuvimos las políticas Reaganómicas, las Bushonómicas y ahora las Clintonómicas. La Reaganomía tenía cuatro principios simples: tasas fiscales marginales más bajas, menos regulaciones, gasto gubernamental restringido, y política monetaria no inflacionaria. Aunque Reagan no alcanzó todos sus objetivos, progresó bastante. La política de Bush fue exactamente lo opuesto a la Reaganomía: impuestos más altos, más regulación, más gasto gubernamental. ¿Cuál es la política de Clinton? Impuestos más altos, más regulación, más gasto gubernamental. La Clintonomía es una continuación de la Bushonomía, y ya conocemos cuáles fueron los efectos de revertir las políticas de Reagan.

Mercados Económicos y Políticos En un nivel más fundamental, tanto nuestros problemas económicos como los no-económicos, surgen principalmente del cambio drástico que ha ocurrido en las últimas seis décadas en dos mercados de relativa importancia, determinando quién recibe qué, cuándo, dónde y cómo. Estos mercados son el económico, que opera bajo el incentivo de la ganancia, y el político, que opera bajo el incentivo del poder. En el transcurso de mi vida, la importancia relativa del mercado económico ha declinado en términos de la fracción de los recursos del país que es capaz de usar. Por otro lado, la importancia del mercado político, o gubernamental, ha crecido enormemente. Hemos estado matando de hambre al mercado que ha estado trabajando, y alimentando al mercado que ha estado fracasando. Esa es esencialmente la historia de los últimos 60 años.

Los estadounidenses somos mucho más ricos hoy que hace 60 años, pero somos menos libres y menos seguros. Cuando me gradué de la Secundaria en 1928, el gasto total del gobierno en todo nivel era de poco más del diez por ciento del ingreso nacional. Dos tercios de este gasto era a nivel local y de los estados. El gasto del gobierno federal era más o menos un 3 por ciento del ingreso nacional, o casi lo mismo que había sido desde la adopción de la constitución un siglo y medio antes, excepto durante períodos de guerra. La mitad del gasto federal era para el ejército

y la marina. El gasto estatal y local era entre un 7 y un 9 por ciento, y la mitad de eso era para escuelas y carreteras. Hoy, el gasto total del gobierno es el 43 por ciento del ingreso nacional, dos tercios de eso es federal, y un tercio local y estatal. La porción federal es 30 por ciento del ingreso nacional, o alrededor de diez veces lo que era en 1928.

Esa figura subestima la fracción de recursos absorbidos por el mercado político. Además de su propio gasto, el gobierno manda que todos nosotros hagamos grandes desembolsos de dinero, lo cual no solía hacer. Los gastos obligatorios van desde el requerimiento de que ustedes paguen por aparatos anti-contaminación para sus automóviles, hasta la Ley de Aire Limpio, pasando por la Ley de Ayuda a los Deshabilitados, y la lista continúa. Esencialmente, la economía privada se ha convertido en un agente del gobierno federal. Todos los que estamos en este salón estuvimos trabajando hace un mes para el gobierno federal, llenando los formularios para el reembolso del impuesto sobre la renta. ¿Por qué no nos pagan por trabajar como recaudadores de impuestos para el gobierno federal? De manera que yo estimaría que por lo menos 50 por ciento de los recursos productivos de nuestra nación se están organizando ahora a través del mercado político. En ese importante sentido, somos más que medio socialistas.

Eso es por el lado de los ingresos. ¿Qué hay de lo que se produce? Empecemos por considerar el mercado privado. Gracias al mercado privado se dio un incremento tremendo de nuestro nivel de vida. En 1928 el radio estaba en sus primeras etapas, la televisión era un sueño futurista, todos los aviones eran propulsados por hélices, y un viaje a Nueva York desde Nueva Jersey, donde mi familia vivía, era un gran evento. No cabe duda de que se ha llevado a cabo una revolución en nuestro nivel de vida, y que ésta ha ocurrido casi enteramente a través del mercado económico privado. La contribución del gobierno fue esencial pero no costosa. Su función, la cual no está cumpliendo tan bien ahora como antes, era proteger los derechos privados de propiedad y proveer un mecanismo para adjudicar disputas, pero la mayor parte de la revolución en nuestro estándar de vida vino a través del mercado privado.

Mientras que el mercado privado ha producido un nivel de vida más alto, la expansión del mercado gubernamental ha producido más que nada problemas. El contraste es grande. Tanto Rose como yo venimos de familias con ingresos que ahora serían considerados muy por debajo del nivel de pobreza; ambos estudiamos en colegios del gobierno y ambos pensamos que recibimos una buena educación. Hoy en día, los niños de familias con ingresos correspondientes a los que nosotros teníamos en aquel entonces afrontan muchas más dificultades para obtener una educación decente. De niños, podíamos caminar a la escuela; de hecho, podíamos caminar casi por cualquier calle sin temor alguno. En los peores momentos de la Gran Depresión, cuando el número de los verdaderamente perjudicados era mayor que hoy, no existía la preocupación actual por la seguridad personal y había pocos limosneros en las calles. Lo que había era gente tratando de vender manzanas; había un sentido de autodependencia que, si es que no ha desaparecido, es mucho menos predominante hoy en día.

En 1938 incluso era posible encontrar un apartamento para rentar en la Ciudad de Nueva York. Después de casarnos nos mudamos a Nueva York y buscamos en la columna de apartamentos disponibles en el diario. Escogimos media docena que queríamos visitar, y alquilamos uno. La gente dejaba sus apartamentos en la primavera, se iba durante el verano y regresaba en el otoño a buscar nuevos apartamentos. Se le llamaba la temporada de mudanzas. Hoy en día, para encontrar un apartamento en Nueva York, la mejor manera probablemente sea prestar atención a los obituarios. ¿Qué ha producido esta diferencia? ¿Qué hace del problema habitacional de Nueva York un desastre hoy? ¿Por qué el South Bronx parece una de las regiones bombardeadas de Bosnia? No por el mercado privado, sino por el control de rentas.

El Gobierno Causa Problemas Sociales

A pesar de la retórica actual, nuestros problemas reales no son económicos. Me inclino a decir que nuestros problemas reales no son económicos a pesar de los esfuerzos del gobierno por

hacerlo ver así. Quiero citar una cifra. En 1946 el gobierno asumió la responsabilidad de producir empleo total con la Ley de Empleo Total. En los años posteriores el desempleo ha sido un promedio de 5.7 por ciento. En los años de 1900 a 1929, cuando el gobierno no pretendía responsabilizarse por el empleo, esa cifra era de 4.6 por ciento. De manera que nuestro problema de desempleo también ha sido creado por el gobierno. Sin embargo, los problemas económicos no son los reales.

Nuestros principales problemas son sociales—el continuo deterioro de la educación, el crimen y el desorden, la indigencia, el colapso de los valores familiares, la crisis del cuidado médico, los embarazos entre adolescentes. Todos estos problemas han sido producidos o exacerbados por los esfuerzos bien intencionados del gobierno. Es fácil documentar dos cosas: que hemos estado transfiriendo recursos del mercado privado al mercado gubernamental y que el mercado privado funciona y el gubernamental no.

Es mucho más difícil entender por qué gente supuestamente inteligente, bien intencionada, ha producido estos resultados. Una razón, que como bien sabemos es sin duda parte de la respuesta, es el poder de los intereses especiales. Pero yo creo que una respuesta más fundamental tiene que ver con la diferencia entre el interés propio de individuos que se relacionan en el mercado privado, y el de aquellos que se desenvuelven en el mercado político. Si usted ha iniciado una empresa en el mercado privado, y le empieza a ir mal, la única manera de continuar es sacando dinero de su propio bolsillo, lo cual es un gran incentivo para cerrarla. Por el otro lado, si empieza la misma empresa en el sector gubernamental, con los mismos prospectos de fracaso, y ésta fracasa, tiene una mucho mejor alternativa. Puede decir que su proyecto o programa debió ser implementado a mayor escala; y no tiene que acudir a su bolsillo sino tiene otro muchísimo más grande: el del contribuyente. En buena conciencia puede intentar, y de hecho lograr, convencer no al contribuyente, sino al congresista, de que su proyecto es realmente bueno y que lo único que necesita es más dinero. Así que para acuñar otro aforismo, si una empresa privada fracasa, se cierra; si una empresa gubernamental fracasa, se expande.

Cambios Institucionales

A veces pensamos que la solución a nuestros problemas está en elegir a la gente correcta para el Congreso. Yo creo que esto es falso; que si una muestra aleatoria de los aquí presentes reemplazara a los 435 que están en la Cámara de Representantes y a los 100 del Senado, los resultados serían muy similares. A excepción de unos cuantos, las personas que están en el Congreso son gente decente que desea hacer el bien. No se ocupan deliberadamente en actividades que saben que causarán daño; simplemente se inmergen en un ambiente en el que todas las presiones se dirigen en una sola dirección, gastar más dinero.

Estudios recientes demuestran que la mayor parte de la presión para gastar más viene del gobierno mismo. Es una monstruosidad que se genera a sí misma. En mi opinión, la única manera de cambiarla es variando los incentivos bajo los que operan quienes están en el gobierno; si uno quiere que la gente actúe de manera diferente, sólo puede lograrlo cuando está en su propio interés hacerlo. Como dice Armen Alchian, hay una cosa con la que se puede contar: todo el mundo pondrá su interés propio antes que el de usted.

Yo no tengo una fórmula mágica para cambiar el interés propio de burócratas y miembros del Congreso. Enmiendas constitucionales para limitar los impuestos y el gasto, para evitar la manipulación monetaria y para inhibir las distorsiones al mercado serían buenas, pero no las vamos a obtener. Lo único viable en el horizonte nacional es el movimiento para limitar el número de períodos de los congresistas. Un límite de seis años para los representantes no cambiaría su naturaleza básica, pero sí cambiaría drásticamente el tipo de gente que se postularía para el Congreso y los incentivos bajo los que operarían. Pienso que aquellos de nosotros que estamos interesados en revertir la ubicación de nuestros recursos, de pasar cada vez más al mercado privado y cada vez menos al mercado del gobierno, debemos deshacernos

de la idea errónea de que lo único que necesitamos hacer es elegir a la gente adecuada. En cierto momento pensamos que elegir al presidente correcto sería suficiente; lo hicimos, y no lo fue. Debemos ahora volver nuestra atención a cambiar los incentivos bajo los que la gente opera. El movimiento a favor de los límites a períodos es una manera de lograrlo; es una excelente idea y está logrando progreso real. Deben haber otros movimientos.

Algunos cambios se están haciendo al nivel de los estados. Donde sea que haya una iniciativa, o sea un referéndum popular, hay una oportunidad de cambio. Yo no creo en la democracia pura; nadie cree en ella. Nadie cree que sea apropiado matar a 49 por ciento de la población, incluso si el 51 por ciento de la gente vota por que se haga. Pero sí creemos en que debe darse a todos la oportunidad de usar sus propios recursos tan eficazmente como puedan para promover sus propios valores, siempre y cuando no se interfiera con otros. Y hablando en términos generales, la experiencia ha demostrado que el público normalmente logra mejor ese objetivo al actuar a través del proceso de iniciativas, que la gente que se elige a la legislatura. Por esto pienso que el proceso de referéndum tiene que ser explotado. En California hemos estado trabajando duro en una iniciativa para permitir que los padres escojan la escuela de sus hijos, y este tema se incluirá en los comicios de este año. Tal vez no gane, pero seguiremos intentando.

Debemos seguir tratando de cambiar la forma en que los estadounidenses ven el rol del gobierno. Entre otras cosas, Cato logra esto al documentar en forma detallada los efectos dañinos de las políticas gubernamentales que he comentado brevemente. Se está saqueando al público norteamericano. A medida que la gente entienda lo que realmente está sucediendo, el clima intelectual cambiará y puede ser que seamos capaces de iniciar los cambios institucionales que establecerán los incentivos apropiados para la gente que controla la cartera del gobierno, y por lo tanto una gran parte de nuestras vidas.

Traducido por Constantino Díaz-Durán para el Cato Institute.